

Uno de los paseos de Buster Keaton

(el contado por Tian Brass)

Filadelfia: fines de la década del 20.

La crisis no perdona. Nadie tiene para comer. Ni siquiera Buster Keaton.

El gallo canta, no porque es la madrugada sino porque tiene hambre.

Buster Keaton, cansado de escuchar los reclamos de sus cuatro hijos, decide matarlos para que no sufran más. Lo único que tiene a mano es una astilla de madera que se la clava a uno por uno. Cuando entra en razón ya es tarde.

El gallo se lamenta, no porque es la madrugada sino por no ser carnívoro.

Buster, después de verificar que todos sus hijos han muerto, huye en una bicicleta avergonzada de llevar al autor del crimen.

Es de tarde y todo huele mal. El negro de la gasolinera no tiene más que comerse a sí mismo. Un loro revolotea para no posarse sobre la tierra mojada en sangre. Un buho chista para no pensar en lo que vio.

Buster Keaton disimula lo indiscimulable. Cruza el campo dejando un surco delator.

La bicicleta aprovecha una distracción de Buster para tirarlo al suelo y escaparse ayudada por dos mariposas grises que la guían.

Keaton se levanta. No quiere decir lo que está pensando de sí mismo, pero lo piensa, y eso es bastante.

Sus ojos reflejan todo lo que le pasa. Cualquiera podría deducir lo que siente y piensa con sólo mirarlos.

Mientras se aleja de Filadelfia, la ciudad donde las máquinas de coser sepultaron la poesía, Buster Keaton decide cambiar su entorno y lo transforma en un jardín donde puede, tal vez, olvidar el pasado.

Se encuentra con una dama americana. Él, lo único que ve son sus zapatos de cocodrilo. ¿Qué habrán hecho con la carne de los cocodrilos? Se podrían alimentar a cuatro hijos durante varios días. Ella lo interroga. Ella quiere saber. Buster sólo puede responder con piruetas y caídas que es lo que más sabe hacer.

Las señoritas de la ciudad tocan un vals en el piano. Cuatro serafines, la luna y las canoas bailan para anunciar la llegada del otoño. Buster Keaton está anonadado. Quisiera ser un cisne para poder escaparse pero no puede, porque no tiene dónde dejar sus ropas.

Entra una joven hermosa montada en la bicicleta, que parece haber cambiado a las dos mariposas grises por la chica más impactante de toda la ciudad de Filadelfia. Ella es algo extraña. Tiene cintura de avispa, piernas de cebras y cabeza de ruiseñor. Es realmente hermosa. Al confirmar que se ha topado con Buster Keaton, al que le fue encargado buscar, se deja caer suavemente y simula un desmayo. El plan es perfecto. América tiene cientos de jóvenes con cabeza de ruiseñores preparadas para este tipo de operativos.

Buster queda perplejo. Hasta le pone el nombre de la mujer que siempre soñó para madre de sus hijos.

Con vergüenza intenta ocultar su horrendo crimen. Son sólo unos pocos segundos en los que él se arrodilla para besar a la señorita. Los suficientes como para que la policía de Filadelfia se acerque a su presa sin que ésta pueda reaccionar.

Filadelfia: fines de la década del 20.

La crisis no perdona.

Fin.